

LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTÍCULOS FIRMADOS CORRESPONDE A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES

"No permitáis que mi última encarnación haya sido un fracaso"



ENTRO de pocos días se celebrará en todos los núcleos de la Sociedad Teosófica un aniversario más de la desencarnación de su excelsa Fundadora, la grande y mal comprendida MUJER, como dice Su discípula predilecta, la que aún es conocida por el nombre tan venerado de Sus discípulos, de Helena Petrowna Blavatsky, que llevaba al realizar Su obra magna, la fundación de la gran Comunidad a que tenemos la inestimable dicha de pertenecer.

sísimo y continuado trabajo de muchos años, incapaz ya de mantenerse en la vertiginosa carrera de Su Espíritu, inadecuado para vehículo de un Ser tan vehemente en Sus elevadas aspiraciones, para apoderarse de otro más flexible, más dócil a Su voluntad de hierro, más adaptable a Su extraordinaria actividad; para continuar Su obra en el cuerpo de un joven indio de catorce años.

Y esta afirmación de que no ha habido solución de continuidad en Su obra, no es producto de la fantasía, no es una suposición más o menos fundada; es un hecho con cuya revelación nos honra también en otro párrafo de Su ya mencionado mensaje: «Yo os vigilo como vigilo a toda mi Sociedad. Tenéis mi buena voluntad, entusiasta, así como la bendición del Gran Maestro en todas vuestras modalidades de trabajo».

No olvidemos, pues, que toda nuestra actuación teosófica se halla bajo Su amorosa vigilancia. Nuestra acción no debe limitarse al recuerdo de un día, sino que en todos los momentos de nuestra vida debemos tener presente el sublime consejo que nos da en otro párrafo: «Continuad y prosperad» dice «pero recordad siempre que sólo con el completo olvido de sí mismo cabe obtener la victoria», y las últimas palabras que pronunció en Su cuerpo anterior: «Manteneos unidos; no permitáis que mi última encarnación haya sido un fracaso», que ningún miembro de la Sociedad Teosófica debe jamás olvidar.

Que la bendición del Maestro de que nos habla en Su mensaje se extienda a todos nosotros y a nuestra actuación, y nos proteja de las asechanzas del egoísmo, de la gran herejía de la separatividad; y que Ella sea el FARO de amor que guíe nuestros pasos hacia la fraternidad universal, hacia la disipación de todas las ilusiones y la visión de la ÚNICA REALIDAD.

LA REDACCIÓN.

Los callejones sin salida en la marcha social

EL LUJO FRENTE A LA MISERIA

CONFERENCIA DE ANNIE BESANT

(Continuación.)

DEJEMOS también esto (como veis no hago más que tocar cada uno de los puntos) y hablemos de otra cuestión de importancia nacional: la degeneración física del pueblo en nuestras grandes ciudades. El mal viene de muchas generaciones atrás, y en la rebaja de la talla para el servicio militar se ve su pleno reconocimiento. Es cierto que las clases acomodadas van ganando cada vez más en robustez física, sobre todo las mujeres, que, por gozar más que antes del aire libre, van creciendo en talla y vigor; pero la gran masa del pueblo va decreciendo y debilitándose cada vez más, y esta gran masa es precisamente la generadora de la mayoría de nuestra nación. Es la más prolífica, la que llena los registros del estado civil y la procreadora en mayor escala de nuestra futura población, y ¿donde está la utilidad de tener unas classes superiores fuertes y vigorosas, bien alimentadas, si la masa del pueblo va perdiendo en fuerza y vigor? Este es otro problema que requiere pronta solución, porque con estos problemas de la organización social sucede lo mismo que con las preguntas de la esfinge; y ésta devoraba a quienes no se las podían contestar. La cuestión está planteada, y el castigo para el que no responde es ser devorado, y para la civilización, su muerte.

Médicos y sociólogos han preconizado variados remedios, y el secreto favorito o remedio *curanderil* del día es la esterilización de los incapaces. Pero estos remedios son brutales y peores que el mal que se trata de combatir, y añaden a la degeneración física, la moral. Debemos abordar la raíz de las causas que producen la incapacidad y no excluir de la organización social por millares a los incapaces y tratar luego de disminuir su número.

Y he aquí que nos vemos otra vez en presencia de este problema insoluble.

Y no son estos problemas los únicos cuya solución demanda nuestra esfinge. Hemos hablado de la terrible miseria, del trabajo de las mujeres, de la degeneración física y de la rápida multiplicación de los incapaces. ¿Qué diremos ahora de la población criminal? Fabricamos criminales inveterados con rapidez extrema. Detenemos a jóvenes de ambos sexos y los tenemos en prisión durante una semana, un mes, un año, cinco, diez, y las penas se van acumulando hasta tal punto que no basta la vida física de un hombre para cumplirlas; y todo ello para no corregirlo ni convertirlo en un ciudadado bueno y útil. Cuando la ley se apodera de una persona, debiera procurar mejorarla; pero no sucede así. El criminal cae una y otra vez en prisión hasta que su habitual criminalidad, a que la ley ha contribuído grandemente, la invoca el magistrado como razón para imponerle mayor pena. Esto no es cordura y sí locura. Es indudable que al nivel de nuestra civilización debe haber otro método mejor para el trato de los criminales; y le hay como lo demostraré cuando hable de la fraternidad aplicada a la vida social. (1)

Si dejamos estos casos para ocuparnos en las cuestiones vulgares de la oferta y la demanda, veremos cómo la sociedad camina poco a poco a un estado de cosas tal, que no es posible que continúen como hasta ahora, y cómo el cambiarlas implica la dislocación de todo nuestro sistema de producción y distribución. Acaso nos demos mejor cuenta de ello si nos fijamos en lo que pasa en América, porque allí se carece en absoluto de las influencias suavizadoras que, hasta cierto punto, influyen aún en nuestro país, donde en otros tiempos la sociedad descansaba sobre bases más humanas que el dinero. Allí es donde se pueden valorar nuestros sistemas, porque es donde tienen su libérrimo ejercicio y completa aplicación. Hay en América varias cosas que llaman especialmente la atención; y la primera de ellas es la fabricación de fortunas enormes por medio de la ruina deliberada de pequeños capitales. Pongamos un ejemplo:

---

(1) Se ha publicado en los tres últimos números de esta revista.

Un numeroso grupo de personas, más bien pobres que ricas, forman una sociedad para construir una vía férrea, necesaria para el desenvolvimiento de la comarca. Hacen falta comunicaciones rápidas, medios de transporte para los cereales y demás artículos, y construyen un ferrocarril. Todo marcha a pedir de boca, y los beneficios, sin ser grandes, son satisfactorios. Pero llega al país un individuo de *ojo abierto*, y percibe que la región es susceptible de gran incremento, que el ferrocarril llegará a ser una valiosa propiedad, y construye, no lejos de la primera, una segunda vía sin otro objeto que su propio beneficio. Empieza al efecto por reducir las tarifas de viajeros y mercancías, empeñando su capital, porque la línea no cubre los gastos, hasta obligar a la primera sociedad a rebajarlas también al mismo nivel; y cuando las acciones de esta se cotizan casi a cero, da un paso más y las compra todas. Una vez en posesión de ellas, abandona su línea circunstancial, y dueño ya de la comarca, realiza una fortuna enorme arruinando a los accionistas que habían aprontado su dinero con la mira en el mejoramiento de los medios de comunicación de su comarca. Estos han sido sacrificados a la ambición de aquél.

A estos individuos, los llaman en América *wreckers* (arruinadores, naufragadores, *reventadores);* pero se los respeta en sociedad. Construyen hospitales y hasta iglesias, y con el sacrificio de una pequeña parte de lo que detentan se dan el tono de filántropos. Pero yo os digo que si no por las leyes del país, por la de la justicia, estos hombres son peores y más condenables que el ladrón que roba las joyas de una señora o la vajilla de oro de un millonario; y a éste se le impone un castigo severo cuando se le captura. Y no es que no lo merezca, porque el robo es una maldad patente; pero peor que este robo franco, que la ley castiga, es el robo oculto de quien, abusando de su cerebro superior, se apodera del fruto del trabajo de otros que no le tienen tan desarrollado, para aumentar su botín de pillaje.

Otro género de robo se oculta en lo que llamamos *trusts* y *acaparamiento*. Ya sé que a veces ocurre que un especulador trata, por ejemplo, de acaparar el trigo y otro se le adelanta y le da jaque-mate, arrojando al mercado millones de hectólitros; pero

quien quiera que sea el vencedor, el pueblo no estará mejor alimentado. Solo se trata de quién de los dos obtendrá mayores beneficios. Los *trusts* se han inventado para que unos cuantos puedan reunir fortunas inmensas suprimiendo los pequeños capitales.

Nuestros hermanos de América empiezan a cansarse de esto y buscan ya un medio de evitarlo: alguna iniciativa del Congreso, alguna ley que prohiba los *trusts*. Pero ¿qué ley habría de prohibirlos si son la natural consecuencia de una rabiosa competencia? ¿Cómo impedirlos sin estropear al mismo tiempo vuestros negocios industriales, basados en el mismo principio de una competencia cruel? Hé aquí un obstáculo más. Todo está basado en la lucha; cada negociante trata de engañar a los demás y sacar el mejor partido posible de los negocios, sin reparar en el daño que puede causar. Éste es el único procedimiento de lo que llamamos *nuestro sistema comercial;* y siendo esto así ¿cómo queréis impedir sus naturales consecuencias, sus inevitables resultados? A veces la aplicación algo excesiva del principio subleva la conciencia pública. Los que permanecían tranquilos a la vista del pueblo arruinado al por menor se rebelan ante la ruina de centenares y millares; y sin embargo, todos han sufrido lo mismo y sobre todos pesa la misma miserable suerte. ¿Cómo queréis suprimir el exceso sin minar al propio tiempo el todo?

Este es otro de los problemas enunciados; pero en medio de él se descubre un relámpago de un brillante porvenir, porque en esta gran alquimia por la que el poderoso Químico del laboratorio de los mundos cambia las fuerzas destructoras en constructoras, hay señales de que esos *trusts*, producto de la codicia y egoismo de los hombres, constituirán organizaciones industriales beneficiosas a la comunidad, más adelante, cuando sustituya la fraternidad a la competencia y el interés ajeno al propio. La esperanza deja ver, pues, su aureola de consuelo en medio de las calamidades presentes.

Volvamos ahora la mirada a otro aspecto del problema; a las tentativas que se han hecho para mejorar las condiciones sociales en los países llamados nuevos; Australia, por ejemplo. En aquel país, han obtenido las clases obreras todo lo que piden aquí, y

por eso se le llama *el paraíso de los obreros.* Todo joven de veinte años tiene voto. ¡Fijaos en la espléndida libertad que esto supone! Toda joven de veinte años tiene voto. ¿Qué más queréis? Allí no hay necesidad de revueltas. Pero desgraciadamente, a los jóvenes les interesa más el balompié que las cuestiones del parlamento, y las jóvenes acaso piensen más en gorros y sombreros que en hacer buen uso del voto. Todo el mundo tiene voto y no sabe qué hacer de él. Y esto es una cosa muy común, y no sólo en Australia.

¿No os habéis percatado nunca de que pagáis en dicha lo que vosotros llamáis libertad, si por esta palabra entendéis el derecho al voto? La capacidad no tiene que ver nada; es enteramente ajena a la cuestión. ¿Que no sabéis nada de lo que implican las elecciones? No tiene la menor importancia. No importa que vuestro cerebro se encuentre vacío. En el escrutinio cuenta lo mismo que el de un pensador, el del estadista más grande, el del economista más reputado o el del historiador más sabio. Mirado desde fuera, es un método admirable de gobernar. Veamos ahora el resultado que da en Australia este sistema de que aquí no gozáis aún, pero que estáis a punto de adoptar. Todas aquellas gentes tienen voto, pero, como en todas partes, la gran mayoría es ignorante. Allí como aquí existe la legislación de clases, cosa por otra parte detestable; sólo que allí el orden está invertido; es decir, que el gobierno está en manos de los ignorantes en lugar de estarlo en las de personas al efecto educadas. Resulta de ello, en primer lugar una disminución progresiva de eficiencia en todos los órdenes de trabajo ordinario, y ya sabéis que de esta eficiencia depende toda la prosperidad de un país. El muchacho, que es hombre libre, no se cuida de su aprendizaje; y no hay que decirle que ha hecho mal su labor, porque él es un australiano libre y os vuelve la espalda; y puesto que le decís que trabaja mal, ya no quiere trabajar. Pero ya sabéis que la naturaleza es tan rebelde que choca con nuestra vida política y social, y sus leyes no se modifican a medida de nuestros deseos. El joven desaplicado se convierte en obrero inhábil, por lo que desciende cada vez más el nivel de eficacia en el trabajo. Si necesitan una pieza de buena maquinaria, tienen que pedirla aquí (se trata de Inglaterra), a

pesar de los excepcionalmente grandes gastos de importación, porque no hay confianza en que la que se construyera allí sirviese para su objeto.

Otro de los resultados es el incremento del paro. Hay allí, como aquí, gentes que recorren las calles pidiendo trabajo al Gobierno; y ¿cómo puede ocurrir allí esto? Muchas veces, porque se exige una remuneración que no concuerda con el trabajo rendido. Figuraos un pequeño jardín, del cual necesita su dueño limpiar los pasos y segar el cesped, y que al efecto llama a un jardinero. Éste no quiere trabajar por menos de doce pesetas y media diarias, y el pobre funcionario, que no cuenta en materia de votos, y tiene un sueldo fijo, no puede pagarlos, y se ve obligado a ejecutar el trabajo por sí mismo, mientras el supuesto jardinero se marcha a recorrer las calles para luego pedir trabajo al Gobierno.

Hay algo muy serio que considerar en esta cuestión del paro. Si obligáis a escardar a hombres susceptibles de actividad más útil para el país, obstruís el desarrollo de todas las formas superiores de trabajo, que ennoblecen la vida de una nación. Porque es tan verdad ahora como ha sido siempre, que el hombre no vive sólo de pan. Si forzais a todo el mundo a trabajos manuales, no tendréis otra cosa que el paraíso descrito en *Looking Backward,* más digno de un honesto arrabal que de una nación que no puede prescindir del arte y de la belleza, de la música y de la literatura. Estas cosas requieren sosiego para producirlas y tiempo para perfeccionarlas. Necesitan preparación muy larga, y es detestable el procedimiento de empujar a vuestra nación a un nivel tan bajo que no piense más que en comer, beber y divertirse, olvidando las actividades superiores, que son las que forman la vida nacional; los productos del genio, los creadores esfuerzos de la inteligencia.

(Concluirá.)

(Traducido de «The Changing World» por Juan Zavala.)

Vivamos gozosamente, no detestemos a los que nos detestan, permanezcamos sin odio aun entre aquellos que nos odien.

EXPERIENCIA

Quise saber, y con la mente henchida
De orgullosa ambición,
Dominar en las ciencias que en la vida
Busca el hombre con ansia desmedida,
Sin escuchar la voz del corazón.
Mucho estudié; mi inquieta inteligencia
En el saber humano penetró,
Y todo cuanto opuso resistencia
A su altiva presencia,
Al fin vencido a ella se rindió.
Fué creciendo mi orgullo; encastillado
En la soberbia loca del saber,
Dejando el corazón aletargado,
Falto de sensación, me ví arrastrado
Por la falaz corriente del placer.
Mi ciencia del fatal materialismo
No me supo librar;
Amor llamé tan sólo al sensualismo
Y hundido en mi egoismo,
De todo lo demás llegué a dudar.
Puse en duda el humano sentimiento,
Negué toda piedad,
Y creyendo encontrar conocimiento
Escondido en un vil razonamiento,
Caí en espantosa ceguedad.
Del ya pobre vergel de mi ventura
Hasta el último cáliz se agotó,
Trocando de su néctar la dulzura,
En ingrata amargura
Que al secarse en el alma me dejó.
Y así como un errante peregrino
Que cansado de un largo caminar,
Se arrojase en el borde del camino
Y exhausto maldijese su destino
Deseando expirar,
Así también exhausta el alma mía,
Falta de fé y amor,
Exenta de belleza y alegría,
Se abandonó a sí misma en su agonía,
Dejándose inundar por el dolor.
Y un hombre al cual yo antes, sin conciencia,
Altivo y orgulloso desprecié,
Vino a darle de nuevo a mi existencia

Un poco de alegría, y a mi ciencia
La puso en el camino de la fé.
Era un alma fragante que, amorosa,
Llegándose hacia mi,
Me brindó su alegria cariñosa,
Y a través de su acción maravillosa,
Sólo entonces al cielo comprendí.
Perdonando la ofensa que le hiciera,
Con caridad, sin mezcla de rencor,
Disipó de mi orgullo la quimera
Y mi vida llenó de resplandor.
Hoy próximo al final de mi existencia
Esteril y fugaz,
Siento un vivo deseo en mi conciencia
De legar a los hombres mi experiencia,
Mi gran anhelo de infinita paz.
Aunque postrado fuí por mil dolores,
Ya no siento el dolor,
Pues de una gran verdad en los albores
Disipados tristezas y rencores
Sólo veo el amor.
Ese amor que en el alma es ambrosía
Y en la mañana luz;
Ese divino amor que a Cristo guía,
A todo el que a sus pies llegar ansía,
Penetrando el misterio de la Cruz.
No te dejes llevar, seas quien fueres,
Jamás por la corriente mundanal,
Ni te abandones nunca a los placeres;
Piensa y medita que en esencia eres
Divino e inmortal.
No pretendas jamás con egoismo
Encontrar la verdad,
Pues que, si no te olvidas de tí mismo,
Muy pronto de tu orgullo el fanatismo
Te hará caer en necia falsedad.
Busca tu corazón, y con paciencia
Aprende tu pasión a combatir;
Que es la suprema ciencia
Que puede concebirse en la existencia,
Aprender a sufrir.
Y si un dia te muestra tu destino
El dolor o la duda de algún ser,
Parte con él el hálito divino
Que a tí mismo te guía en el camino
Hacia un esplendoroso amanecer

M. Crespo.

Algunos conocimientos necesarios

A. P. SINNET



A gran familia de nuestra humanidad no está, en el momento actual, toda ella reunida en la tierra; el grupo principal está aquí, pero en el curso de vastos períodos de tiempo transcurridos desde que esta cadena de mundos está en actividad, realizando el grandioso plan del cual forma parte, los representantes de la raza humana menos capaces de progreso han quedado detrás del grupo principal, remolones inconscientes, rezagados por no haber aprovechado las ocasiones que los grandes principios de la reencarnación les proporcionaran. Por eso, un gran número de miembros de la familia humana están todavía en el planeta Marte, de donde la inmensa mayoría partió hace mucho tiempo. El planeta está habitado, según opinión de un gran número de astrónomos, basada en los trabajos de la astronomía ordinaria. Este descubrimiento está fortalecido por la seguridad que nos dan nuestros grandes instructores, y que, para algunos de nosotros, equivale casi a la observación personal. Los habitantes de Marte viven en condiciones moral y físicamente repulsivas para nuestra imaginación, mientras que la situación alcanzada por la vanguardia de la raza humana en el planeta Mercurio es en extremo excelente. Esta situación no es precisamente la que podrán alcanzar en nuestro mundo, aun aquellos que hagan el mejor uso posible de las ocasiones de progreso espiritual que encuentren, y sin embargo es muy inferior a la que alcanzan los individuos que hollan el sendero que conduce al adeptado. Pero esto es un caso que trato separadamente.

Las actuales condiciones de vida en el planeta Mercurio representan resultados obtenidos a la larga siguiendo el curso normal de la evolución. La vida en Mercurio está absolutamente libre de toda tensión, competencia y lucha, que hacen la existencia en la tierra tan precaria, tan llena de ansiedad, tan dolorosa bajo muchos aspectos. La idea de la guerra en ningún caso podría conce-

birse en Mercurio. Todos los individuos han alcanzado allí un grado de desarrollo moral y mental que les permite considerar como hecho positivo la simpatía que debe reinar entre todos, idea a mi juicio, muy imperfectamente representada por la expresión «fraternidad humana». Esta idea se convierte en vívida realidad en los hombres algo más evolucionados que los mejores de nuestro mundo; de donde se deduce que la vida en Mercurio es perfectamente armoniosa. Se comprende también que toda la máquina social esté exenta de competencias y luchas, de todos los esfuerzos violentos que acompañan necesariamente al estado social de un país democrático en nuestra tierra, en el estado actual de la evolución. El gobierno, cuando es necesario, es simplemente el régimen de los reconocidos como más sabios, los mejores. Además, hay que tener en cuenta que las condiciones fisiológicas difieren enteramente de las de aquí. Abordamos aquí un asunto que es extremadamente difícil de tratar en detalle ante un auditorio heterogéneo, y me limitaré a indicar las líneas principales del proceso que rige el progreso, desarrollo y reproducción de la raza, diciendo que es perfectamente armónica, exenta de inquietudes, de sufrimiento o de dolor, y tan natural, tan fácil como el crecimiento de una flor. Como corolario, un ligero esfuerzo de imaginación hace ver que todas las relaciones mútuas, las relaciones más importantes de la vida, las que gobiernan en Mercurio la vida de los hombres y mujeres, son altamente espirituales y llenas de belleza.

Hay muchos pormenores que se relacionan con estas condiciones de vida y de los cuales desearía hablar, pero están tan estrechamente ligados con la radicalmente diferente constitución del cuerpo, que es difícil expresarse sobre ellos. Hay, sin embargo, uno del cual podemos hablar con toda libertad: es una facultad cuya existencia reconocemos también aquí; la facultad de neutralizar la fuerza de la gravedad. De una manera misteriosa, de la cual bien pocos de nosotros conocen *el modus operandi,* es posible a todo habitante de Mercurio, aligerar su peso con un leve esfuerzo; elevarse en el aire y moverse por un esfuerzo de la voluntad en la dirección que desee. No hay necesidad de máquinas voladoras en Mercurio, pues los habitantes se mueven de aquí para allá por un simple esfuerzo de voluntad. Tampoco

las necesidades relativas a la alimentación son las mismas que entre nosotros; requieren muy poca atención, y se satisfacen de una manera muy simple; a intervalos que para nosotros serían extremadamente largos.

Expuestas estas armoniosas condiciones de vida, determinemos ahora la naturaleza de las relaciones afectuosas entre los individuos del planeta Mercurio. Otro bello concepto asociado a la vida es que la conciencia, en toda la extensión del plano astral, es normal para todos; por lo que, cuando el transcurso del tiempo quiere que un individuo se prepare para otra encarnación, el paso de la vida física a lo que, en nuestro caso, se llamaría la vida después de la muerte, deja de ser una separación, puesto que una persona viva en el plano físico o en el astral de este planeta está en completa relación con sus amigos de uno u otro plano, y el cambio correspondiente a la muerte podría aquí estar simbolizado simplemente por un cambio de domicilio. El «difunto» es tan accesible como antes para los que quieren gozar de su compañía.

Como he indicado, las condiciones de vida descritas no se alcanzan por lo que nosotros llamamos el *sendero,* sino siguiendo la línea normal de evolución a que todos estamos ligados. No es raro que algunos individuos engendren en esta vida un karma de índole muy especial; y por ello puede acontecer (aunque comparado con la multitud de casos debe de ser rara excepción) que algunos de entre nosotros sean ocasionalmente trasladados al planeta Mercurio. Yo he oído mencionar casos en que esto ha sucedido. En vez de pasar por el proceso ordinario de vida astral y vuelta a la tierra, tienen para su próxima encarnación el glorioso privilegio de pasar antes que los demás al planeta que he descrito. No podría deciros exactamente cuál es la naturaleza del karma que conduce a esta posibilidad, ni si es una variedad de karma susceptible de engendrarse por un esfuerzo deliberado dentro de los límites de nuestras fuerzas. Hemos de resignarnos por el momento a ignorar muchas de las posibilidades que ofrece el porvenir, con la satisfacción de que todas, aun las más grandiosas, estarán con el tiempo a nuestro alcance.

(Traducido de «Lotus Bleu», por Enrique Sellarés.)

EL SEÑOR DE AMOR



UANDO el supremo Instructor vino a fundar el cristianismo no estaba aún el espíritu público preparado para este acontecimiento, pues solo los Magos percibieron el brillo de la Estrella de Oriente. Fué tan patente el movimiento en contra que se produjo, y tan pocos los capaces de conocerle, que no pudo dar al mundo la bendiciòn con su presencia física más que durante tres años escasos. Si ahora es suficiente el número de los nuestros para preparar en el corazón de los hombres de cada país su advenimiento y hacerle una buena acogida cuando venga, es posible que el Señor de Amor more con nosotros durante un período más largo y realice una labor no tan limitada como la efectuó hace dos mil años. Algunos de los dardos lanzados contra El podremos pararlos con nuestros pechos, y alguna oposición reaccionará sobre nosotros, que alegremente nos ofrecemos por sus leales servidores.

ANNIE BESANT.

(De «Mayab».—México.)



La Naturaleza del Misticismo

POR C. JINARAJADASA

(Continuación)

El Panteísmo

“DIOS es Todo.» Tal es la expresión del panteísmo. En una u en otra forma se encuentran en la mayor parte de las religiones las enseñanzas del panteísmo. Cuando el substrato de todas las cosas se considera como un Dios personal y no como un Absoluto superpersonal, la religión concibe su manifestación de dos modos: el transcendente y el inmanente.

En el primer caso el Creador es distinto y separado de Su creación; y por señalado que esté Su toque creante en el «plan» de la naturaleza, ésta no es El. Para el fiel que reverencia la Divinidad transcendente, el suponer una unidad panteísta entre Dios y la naturaleza «subvierte la personalidad de Dios y del hombre, hace imposible el libre albedrío e invalida toda positiva responsabilidad moral.» Pero en el concepto de la inmanencia, no podría existir la naturaleza a no ser por la unidad eterna e inseparable de Dios con ella, y gracias únicamente a la inmanencia de Dios posee el átomo energía y substancia y es posible la evolución en la naturaleza y definitiva la victoria del hombre sobre el mal, porque el hombre en sí es manifestación de la Divinidad inmanente.

El induismo nos ofrece el más claro concepto del panteísmo. Los siguientes pasajes tomados del upanishad *Shetashvatara* bastarán a poner de relieve la doctrina induista de la inmanencia, viéndose por ella que la Divinidad panteísta índica no es vaga abstracción impersonal, sino la realidad espléndida de un Dios personal.

El Dios, en verdad, está en todo lugar. En otros tiempos, hace ya muy largo tiempo, tomó nacimiento y está al presente, en verdad, en el interior del gérmen. Nace y nacerá; se mantiene tras todos los nacidos, con el rostro a todos lados.

Sus caras, sus cabezas, sus gargantas, son las de todos; El reside en la cámara secreta de toda alma. El, el Señor, se extiende sobre todo el universo, penetrándolo todo. Por lo tanto, está lleno de bondad.

Aquello es ciertamente el fuego; Aquello es el sol; Aquello, es ciertamente la luna; Aquello, en verdad, es lo que brilla; Aquello es Brahm; Aquello es las aguas; Aquello es el creador.

Tú llegas a ser hombre y mujer, así como hijo e hija; cuando eres viejo te sirves de un bastón para asegurar tu paso; tú tomas nacimiento con rostros por todas partes.

Mosca azul, pájaro verde, bestia de ojos rojos, nube fulgurante que lleva el rayo en su seno, estaciones, mares, tú eres todo esto y no tienes principio. Tú resides en la potencia omnipresente en que todos los mundos han nacido.

En el mismo upanishad encontramos los siguientes versículos que muestran hasta que punto el pensamiento induista ha unido la Divinidad transcendente con la inmanente, de suerte que se exhala del alma humana una absoluta devoción hacia el Dios único de los deístas. Se le llama «el Hombre».

Yo conozco este Hombre poderoso, semejante al sol, más allá de las tinieblas; conociéndole a El, y solo a El, se franquea la muerte; no hay nigún otro sendero que seguir.

El es tal que nada es más grande ni menor que El, que nadie es más sutil o más vasto; tal como un árbol, se mantiene silencioso en el espacio resplandeciente, en la soledad. Por él, el Hombre, está lleno todo.

Es El que yo conozco, viejo exento de decrepitud, el Yo de todo, que se extiende por todos los mundos con una pujanza omnipresente; sólo los débiles de espírtu se ocupan de Su nacimiento y de Su muerte; los que hablan de Brahman le llaman eterno.

No se le puede coger ni por lo alto, ni por lo bajo, ni por el medio; no se podría encontrar ninguno igual a Aquel cuyo nombre es gloria suprema.

Su forma no se encuentra en el campo de la visión ni el ojo de hombre alguno puede contemplarle. El se mantiene en el corazón, por el corazón, por el espíritu; aquellos que tienen este conocimiento alcanzan la inmortalidad.

Solo en este universo El va y viene; El, que es el fuego, penetra el agua. Conociéndole a El, y solo a El, se franquea la muerte; no hay ningún otro sendero que seguir.

En el budismo popular no se echa de ver nada del panteísmo corriente, toda vez que el budismo no es una religión deísta. Sin embargo, Gautama el Buddha reconocía el substrato de todas las cosas y le llamaba Nirvana, que se describe así:

Hay, ¡oh! hermanos míos, el refugio en que en verdad no hay ni tierra, ni agua, ni aire; ni el mundo del espacio infinito, ni el mundo de la inteligencia infinita, ni el mundo de la ausencia de todas las cosas, ni el mundo que no es conocimiento ni no conocimiento; ni este mundo, ni el mundo de más allá, ni el sol, ni la luna. Aquello, yo os digo, ¡oh! mis hermanos, no es venir, ni ir, ni permanecer, ni el nacimiento, ni la muerte. Sin causa, sin orígen, Aquello está más allá del pensamiento. Aquello es en verdad la destrucción del dolor.

Hay, ¡oh! hermanos míos, lo nonato, lo inmanifestado, lo increado, lo incondicionado. Si Aquello, ¡oh! mis hermanos, no fuera sin nacimiento, inmanifestado, increado e incondicionado, no sería posible reconocer en este mundo la emanación de lo nacido, manifestado, creado y condicionado. [1]

El cristianismo no considera el panteísmo como doctrina ortodoxa. Es natural porque todas las religiones que insisten en el carácter transcendente de la Divinidad, frecuentemente repugnan concebirla como inmanente. A pesar de esto muchos místicos cristianos han sido panteístas, y es de observar en los dichos

(1) Udânam, Sección VIII.

de Jesús, recientemente descubiertos, la indicación de que en los primeros tiempos del cristianismo un elevado panteísmo no era incompatible con la verdadera fe. En uno de estos relatos dice Jesús:

«*Levanta la piedra, y tu me encontrarás; hiende el árbol y estaré allí.*»

En otro relato, por fragmentario que sea, hallamos el concepto panteísta de una ascendente cadena de vida.

Dice Jesús: «*Vosotros preguntais, ¿quiénes son los que nos conducen hacia el reino, si este reino está en los cielos?... los pájaros del aire y todos los animales que están bajo la tierra, o encima de ella, y los peces de la mar, he aquí los que nos conducen, y el reino de los cielos está en vuestro interior y quien se conozca a sí mismo le encontrará. Buscad, por lo tanto, el conoceros a vosotros mismos, y sabréis que vosotros sois los hijos del Padre.*»

Este es evidentemente un panteísmo muy elevado; y los señores Grenfell y Hunt, que descubrieron el fragmento, han dado la paráfrasis en estas palabras: «La idea expresada aquí parece ser que el elemento divino en el mundo comienza en los estados inferiores de la creación animal y se eleva a un estado superior en el hombre, en lo que concierne al reino de los cielos. Es lógica la tradición que del carácter interior del reino deriva la necesidad del conocimiento de sí mismo, porque si el reino no es manifestación externa, sino principio interno, deben los hombres conocerse a sí mismos para obtener la conciencia vívida.»

El sufismo nos presenta una interesante forma del panteísmo. El islamismo ortodoxo, con su elevado concepto del carácter transcendente de Dios, excluye el panteísmo; pero las enseñanzas de Mahoma han sufrido en Persia una mística transformación en la que se funda un hermoso concepto panteísta de Dios, expresado en la siguiente forma, por el místico poeta persa Jami:

De cada parcela de materia forma El un espejo y en cada uno refleja la belleza de Su rostro. La rosa irradia Su belleza y al percibirla el ruiseñor la ama con loco amor. De este fuego toma la llama su prestado brillo que conduce a la inmolación. Sobre el sol resplandece Su belleza y enseguida levanta el loto su cabeza por encima de las aguas. Los rizos de la dorada cabellera de Leyli cautivaron el corazón de Maynun, porque el reflejo de un divino rayo brillaba sobre su lindo rostro.

El prestó dulzura a los labios de Shirin, gracias a lo que pudo arrebatar el corazón a Parviz, y la vida a Farhad. Su belleza se manifiesta por todas partes y brilla a través de la belleza de las formas de la tierra como obscurecida por un velo. El revela su

semblante en el hábito de José y de él se separa acabada la paz de Zuleykha. Por todas partes donde veas un bote, se oculta El bajo la vela.

Cuando un corazón se abandona al amor, El lo hechiza. En Su amor toma el corazón su vida. El corazón que parece amar las bellezas de los mundos no ama verdaderamente más que a El. Pero ten cuidado, y no digas: «El es toda Belleza y nosotros somos sus adoradores.» Tú no eres más que el espejo frente al que se mantiene El y refleja su rostro. El solo está manifiesto y Tu mismo, en verdad, estás oculto. El amor puro, lo mismo que la belleza, provienen de El, revelándose en ti. Si puedes mirar atentamente, verás por fin que El es también el espejo, que El es a la vez el Tesoro y el Arca. «Yo» y «Tú» no tenemos aquí puesto alguno y no somos más que fantasmas vanos e irreales. Callemos, sin embargo, porque esta descripción no tendría límites y ninguna elocuencia basta para hablar de El. A nosotros nos vale más amar y sufrir en silencio, puesto que no somos nada.

La época moderna nos ofrece en Emerson un renacimiento de las enseñanzas panteístas. Este filósofo amplía las antíguas enseñanzas de Platón y de los estoicos sobre la Mente divina universal. En esta Mente divina, en esta Alma suprema, «el ser particular de cada hombre está contenido y unificado con todos los demás. Es el corazón común en el que toda conversación sincera tiene su culto, en el que toda recta acción implica sumisión. Es la realidad victoriosa que desafía nuestros subterfugios y nuestras capacidades, limitando a cada uno a pasar por lo que es, a hablar por su carácter y no por su boca, y que tiende sin cesar a nuestro pensamiento, a nuestros brazos, para convertirse en sabiduría, virtud, pujanza y belleza. Nosotros vivimos en la sucesión, la división, las partes y las parcelas. En el mismo instante hay en el hombre el alma de todo, el sabio silencio, la belleza universal a la que todas las partes y parcelas están unidas por una misma relación: el Unico eterno. Y esta profunda potencia en que existimos, y cuya beatitud nos es accesible por entero, no es solamente siempre perfecta y apta para bastarse a sí misma, sino que el acto de la visión, así como la cosa vista, el espectador y el espectáculo, el sujeto y el objeto, no son más que uno. Nosotros vemos el mundo fragmento por fragmento, como sol, luna, animal, árbol; pero el conjunto en que están las partes brillantes es el Alma.» (1)

Este examen general del panteísmo provee los elementos principales, que son:

---

(1) Emerson: Ensayos, «El Alma suprema.»

1.° Dios es Todo, y Todo es Dios. Toda vida, toda fuerza, toda materia son modalidades de su existencia. Es inmanente en el mundo que El ha creado, pero es al mismo tiempo transcendente, y existe, de inconcebible modo, por intermedio de Su creación.

2.° La Naturaleza divina se expresa en la creación por los grados ascendentes de vida y forma. La Mente divina se manifiesta en el universo como ley, belleza y armonía.

3.° El hombre individual es uno con Dios y forma parte de Su naturaleza, tanto en su esencia como en su existencia.

Así tenemos una trinidad: Dios, el hombre, la naturaleza. Si simbolizamos esta trinidad por un triángulo:

Dios

Hombre △ Naturaleza

veremos aparecer dos tipos principales de misticismo; uno que insiste en la relación entre el hombre y Dios; otro en la relación entre la naturaleza y Dios. Llamaremos respectivamente estos dos tipos: Misticismo panteísta y Misticismo de la naturaleza.

(Continuará.)

(Traducción de J. Pavón).



Aforismos morales entresacados del libro de oro de Séneca

Haz lo que debes y no lo que puedes.

Feas palabras, aun livianamente dichas, ofenden.

Quien desea hacer una injuria, ya la hizo.

El conocimiento del vicio es principio de virtud.

Todo es posible para quien no teme los trabajos.

Lloren los ojos, mas no el alma.

Más agradable es dar que recibir.

El mayor castigo de la injuria es el haberla hecho.

Mucho camino tiene andado para mejorar las costumbres el que desea mejorarlas.

Malo se puede llamar al que solamente es bueno por su provecho.

ELECCIÓN DE GUÍA



Se ha dicho que es muy necesario aceptar un guía y que cada uno debe buscarlo y escogerlo por intuición. Pero al elegirlo ¿cómo cabe estar seguro de ser llevado por la intuición y no por el impulso?

En verdad no hay seguridad en la elección porque hay tres clases de temperamentos en el mundo:

1.° Quienes no quieren ni sienten la necesidad de guía.

2.° Quienes buscan un guía y lo esperan todo de él y a él se aferran, como si no tuvieran fuerzas propias.

3.° Quienes sienten la necesidad de ser guiados porque tienen la firme idea de que en el porvenir se convertirán en guías para otros.

En verdad es imposible seguir el camino del ocultismo y de la espiritualidad sin ayuda de un instructor o gurú. Antes de encontrar al Maestro es necesario buscar quien sirva de intermediario. El ser guiado les desagrada a muchos porque se imaginan que deben entregarse plenamente a otro, haciendo abstracción de los dictámenes de su conciencia. Este es un grave yerro porque ningún instructor trata de sobreponerse a la conciencia de su discípulo, sino tan sólo de darle perspectivas más amplias que hagan retroceder las barreras de su conciencia. Naturalmente esto implica que el discípulo confíe en el guía que ha elegido.

En cierta etapa del camino el hombre debe estar solo sin ningún guía visible; en otra etapa el sentimiento de unión con el Maestro invisible es tan intenso, que ningún guía exterior es necesario; pero en la etapa intermediaria es necesario un instructor exterior.

Por lo general, en un hombre corriente, el karma no le opondrá mayores dificultades que las que pueda afrontar sin ayuda especial; pero cuando alguien desea progresar rápidamente para adquirir mayores poderes con que servir, entonces aumentan en extremo las dificultades en el propio camino, y es urgente la necesidad de ser ayudado por una persona más experta.

Sin embargo, si alguno desea encontrar semejante instructor, debe estar dispuesto a afrontar más dificultades que las del hombre corriente, y además debe tener cierto poder de ayudar a otros, de trasmitir a otros la ayuda que reciba.

En estos tiempos, cuando el mundo ha de prepararse para la «*Venida del Instructor*» y estamos rodeados de guerras y tumultos, la necesidad de guías es muy grande y hay muy pocos. Si alguna persona desea estar más segura de su terreno y acrecentar su poder de servir, debe solicitar ayuda y buscar un intermediario. Una vez hayais aceptado a un instructor no lo critiquéis. No hay daño en criticar si no habéis aceptado a una persona como instructor; pero sí le hay una vez aceptado aunque no estéis de acuerdo con él. El instructor no debe tratar sólo de dar adecuadas respuestas, sino de actualizar los poderes ocultos del Dios interno. No permitais que los defectos del instructor os aparten de las lecciones que os ha de dar.

Los discípulos de H. P. B. que progresaron fueron aquellos que no se preocuparon de los leves defectos de su naturaleza, tales como el fumar, comer carne, etc. y concentraban toda su atención en la gran enseñanza espiritual que ella les daba. El discípulo siempre debe mirar el aspecto robusto y positivo de la naturaleza y no el de las debilidades y defectos, y recordar que nunca sabemos en qué circunstancias vive otra persona. Un discípulo no se escoge para corregir sus defectos sino a pesar de ellos. Es mejor tener grandes facultades para servir aunque estén dañadas por grandes defectos, que carecer de ellas. En general no hay necesidad de consultar a un instructor respecto a los propios defectos, pues una persona concienzuda los conoce y está afanosa de luchar contra los nuevos que pudieran aparecer. Mirad las cualidades que necesitais y a medida que se vigoricen irán desapareciendo los defectos, que no son forzosamente una traba para el progreso, con tal de que no obstruyan el poder de servir. En caso de caída hay que levantarse y empezar de nuevo.

X.

(Traducido del «Messenger» de Krotona, (California).

¿Por qué se espera a un Gran Instructor del Mundo?

Conferencia dada por C. W. Leadbeater en Sidney el 23 de Marzo de 1915.

VEO en esta ocasión que están con nosotros algunos hermanos que no son miembros de nuestra Orden y por esto sería impropio hablar de asuntos interiores de la misma, como haríamos en otras circunstancias. Será mejor, tal vez, prestar alguna atención a las razones que tenemos para esperar a un Gran Instructor del mundo, y para esperarle ahora más que en otro tiempo cualquiera.

Todo el mundo cristiano celebra hoy la fiesta de Pentecostés, el día en que, conforme a la vieja historia, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles de nuestro Señor. Los que habéis estudiado Teosofía sabéis que hay una interpretación interna para el conjunto de la gran narración. Como han dicho los Padres de la Iglesia—Clemente y Orígenes entre otros—todas estas cosas son símbolos de la vida interna del hombre; y así, aquel descenso del Espíritu Santo, aquella venida de la Tercera Persona de la Beatísima Trinidad, tiene una significación especial en el Sendero de Iniciación. Sea lo que fuere, el descenso del Espíritu Santo se celebra hoy en todo el mundo. Ojalá descienda por este motivo sobre nosotros, y que nos inspire y bendiga, y lo que ocurrió en Palestina hace tiempo se repita de análoga manera sobre cientos y cientos de congregaciones en el día de hoy.

La segunda venida del Cristo la esperan todos los fieles. La mayor parte de ellos admite lo que nosotros consideramos como un aspecto algo restringido de lo que ha de ser dicho advenimiento. Dicen que Cristo vendrá de nuevo para juzgar al mundo, al fin de los tiempos. Ahora bien, dicha creencia está basada en ciertos textos de las Sagradas Escrituras; pero las gentes olvidan frecuentemente que las Sagradas Escrituras no fueron escritas en lengua vulgar del día, y que si el Cristo habló a Su pueblo no empleó ciertamente nuestro idioma. Si consultais la Escritura *original* (lo que supone el estudio de los Evangelios en idioma

griego) veréis que lo dicho no justifica en manera alguna la idea de que la segunda venida del Cristo signifique el fin del mundo o su destrucción. Las palabras escritas allí dicen que, cuando El venga, ocurrirá el fin de *aquella dispensación*, el fin de una edad, de un cierto período; lo cual es completamente distinto.

La Iglesia Cristiana está teóricamente en expectación de esta venida del Cristo en las nubes del cielo, que implicaría la destrucción de todo cuanto conocemos; pero muy pocos hay, sea donde sea, que vivan como si la esperasen. La mayoría de las gentes de nuestros tiempos, por muy cristianos que sean, no esperan nada igual. ¿Por qué no lo creen? Porque la venida de Cristo, expuesta en tal forma, es contraria a la ciencia y a todo cuanto conocemos. Significaría un milagro estupendo y una intervención inconcebible que el científico diputa absurda porque sabemos que la naturaleza actúa ordenadamente en procesos regidos por la Ley.

Si preguntáis a los científicos cómo será el fin de este mundo, os dirán que al cabo de millones de años, tal vez pierda el sol su calor y quizás la tierra se vaya enfriando poco a poco y la vida se extinga lentamente al cabo porque no será posible soportar el frío. Os dirán que acaso la rotación de la tierra se aminore de modo que al fin el movimiento de rotación coincida con el de translación, y un día sea tan largo como ahora un año. Dicen que así ocurrirá, pero dentro de millones de años, y la idea de que alguna intervención sobrenatural lo aniquile todo prematuramente no está de acuerdo con su manera de pensar.

En Teosofía os diremos que tal vez haya un leve temor respecto a uno y otro de ambos resultados. Todo lo que tuvo principio ha de tener fin; y puesto que el sistema solar tuvo principio en algún tiempo, al ordenarlo Dios, también ha de acabar; pero no por una convulsión súbita ni por efecto de la simple actuación de fuerzas desconocidas. Cuando el Logos quiera retirar Su vida del mundo, éste dejará de existir; pero como toda evolución es lenta, y evidentemente estamos tan sólo en la mitad del proceso de evolución, creo que tenemos buenas razones para esperar que el sietema solar y los mundos que a él pertenecen subsistan durante nuestra época y aun mucho tiempo después.

El verdadero significado de las palabras de las Sagradas Es-

crituras, es que al fin de esta edad, de esta dispensación, vendrá de nuevo el Cristo; y entonces, habrá un nuevo cielo y una nueva tierra y las cosas cambiarán completamente. Oiréis hablar del milenio, de un millar de años al cabo de los cuales reinará Cristo en la tierra. Los judíos esperan un Mesías físico, un hombre que ha de venir para lanzar sus ejércitos contra el mundo y convertir a Israel en una poderosa nación militar. Así interpretan estas profecías, diciendo que un gran Salvador judío se levantará para gobernar al mundo. Sería interpretación muy exacta suponer que habrá gran prosperidad y gloria después de aquel período. Pero si admitís la idea de que todo ello indica el fin de una particular dispensación o edad, observaréis que corresponde a un número de ideas análogas. Grandes filósofos, completamente desligados del cristianismo, opinaron que hay en la historia varias edades en las que culminan diferentes ciclos de intelectualidad y evolución para hundirse después en la barbarie. Si de nuevo consideráis la historia veréis que, por ejemplo, han existido muchas grandes civilizaciones, cada una de las cuales dominó a su vez en extensas partes del mundo, y veréis que cada una de estas civilizaciones tuvo su peculiar religión.

Todos nosotros estamos educados en la teoría de que solamente existe *una* religión, aunque haya también unas cuantas supersticiones paganas que no se cuentan. De aquí se infiere cuán estrecho y limitado es este punto de vista, y cuando hablais con hombres de otras religiones advertís un distinto aspecto de la cuestión, porque dichos hombres se hallan tan evolucionados en inteligencia y capacidad metafísica, y seguramente en santidad de vida, como cualquier cristiano, y no hay razón de que sólo una de estas religiones sea la verdadera y todas las demás falsas. Si al propio tiempo estudiais las más modernas religiones, como hemos hecho los teósofos, encontraréis que la idea de ciclos de progreso no es fortuita, sino que hay una serie definida de ciclos, que cada gran civilización expresa ampliamente alguna idea central, generalmente guardada beatíficamente en sus creencias religiosas.

Tomad, por ejemplo, la primera gran religión de la raza aria, el induismo, y hallaréis que tiene por prevaleciente idea central el deber; la creencia de que todo hombre nace bajo ciertas condicio-

nes y en cierto sitio determinado por su propia conducta en otras existencias. Nacido en aquel lugar, encuentra ciertos deberes indicados para él, de cuyo completo y leal cumplimiento depende su ulterior adelanto. Pero además enseña esta gran religión la inmanencia de Dios en todas las cosas y que nada existe en que El no se halle presente. A esto sigue la idea de la fraternal solidaridad entre todos los hombres.

Otra gran religión fué la de Egipto, ya enteramente desaparecida como tal, aunque sus enseñanzas sobrevivan en otra forma. Si estudiais lo que ha quedado de ella veréis que su idea central era lo que ahora llamamos ciencia, el perfecto conocimiento de las posibilidades y potencias en el mundo físico, y que por el dominio de las fuerzas naturales estableció la religión egipcia su sistema y alentó a las gentes para que adelantasen en el conocimiento de la Luz escondida, que fué su gran misterio central, y significa el Dios en todo ser humano.

Después tenemos la gran religión de Zoroastro, cuyos partidarios adoran al sol o al fuego, pero quien atentamente la estudie advertirá que su idea central es la pureza. Todo parsi, aun hoy en día, al despertar por la mañana se promete para aquel día pureza de pensamiento, palabra y obra. Consideran al sol o al fuego como símbolo de pureza, y tal es la idea que desean infundir en las multitudes. Evidentemente esta idea es su lección en el mundo durante largo tiempo.

En posterior época encontramos que la gran idea central de la religión enseñada en Grecia fué la de la belleza divina; y como todo lo divino mora en todo, fué deber de cada cual hacer el mayor bien posible en sí mismo, en sus allegados y en todo lo que le perteneciese. La belleza era para ellos la expresión del poder divino. Decían que lo que no es bello deshonra a la Deidad. La religión externa practicada por la masa general del pueblo, lo mismo en Grecia que en Roma, tuvo en gran parte más semejanza con las leyendas demóticas que con la religión; pero la verdadera religión de Grecia fué la filosofía de Pitágoras, Aristóteles y Platón, cuyos nombres reverencia hoy día el mundo.

En el gran imperio de Roma la idea central fué la ley, el deber del hombre hacia la comunidad en conjunto. Los romanos fueron

un pueblo maravilloso por su respeto a la ley y al orden. Considerad su idioma; estudiad las ordenanzas y reglamentos que os admiran, si comprendéis aquella magnífica lengua, y veréis algo de la gran idea romana; veréis que fueron perfectamente capaces de imponer sus leyes y su gobierno en los países conquistados.

Otra expresión de aquella ley está en la religión del Señor Buddha, en Oriente. Allí os hablan de la gran necesidad de comprender las leyes que gobiernan el mundo y adaptar a ellas vuestra conducta. Su idea central fué la predicación de la sabiduría. Todas las culpas y trastornos de la vida provienen de la ignorancia; enseñad al hombre a conocer y comprender el mundo en que vive, y sus leyes y su vida le serán fáciles y sencillas, lo cual es eternamente verdad.

Llega después el cristianismo, que también tiene su lección que enseñar. El cristianismo pone de relieve, quizás más que otras religiones, la individualidad del hombre. Habla mucho de la manera como el hombre puede salvar su alma; y aunque esta expresión es impropia y tosca, entraña la idea de que todo hombre ha de trabajar individualmente en servicio del prójimo y con sacrificio de sí mismo. Recordad esta máxima: «el mayor entre vosotros sea vuestro siervo».

Cada una de estas ideas es capital y necesaria, porque si nos contraemos a una de ellas, corremos el grave riesgo de desenvolver torcidamente la conducta. Pueden compararse a las piezas de un gran mosaico, que es preciso verlas en conjunto para apreciar la magnitud de su efecto. Cada una de ellas tiene su lección que enseñar y es un verdadero manantial de la verdad. Todos los grandes Maestros que vinieron a fundar aquellas religiones poseen el mismo gran Poder central que gobierna la completa evolución del mundo.

Cuando os afirméis en este concepto comprenderéis que no hay una sola religión verdadera y las demás falsas y supersticiosas, sino que todas fueron oportunas, pues el Dios que habló por medio del cristianismo es el mismo Dios que, en diferentes ocasiones y de diversas maneras, habló en tiempo antiguo a nuestros padres por los profetas, según dice muy bien el primer versículo de la Epístola a los hebreos. Vemos asimismo que cada

profeta aparece en donde y cuando particularmentê es necesario; y la idea precisa culmina más adelante en varias religiones. Esto justifica mayormente la última parte de nuestro aserto, y es una de las razones que tenemos para esperar la llegada de un Instructor, ahora que tan apremiantemente lo necesitamos.

Pero lo primero que conviene demostrar es que no vino un solo Instructor para dar una enseñanza de una vez para siempre sino una serie de Instructores; y si en el pasado, para cada edad existió un gran Maestro, claramente se comprende que puede llegar ahora otro que ponga ante nuestra vista algún aspecto nuevo de la potente verdad y nos enseñe lo que hemos de hacer para reunir en una todas las contradictorias ideas de nuestros días. Podéis ver bien cuán necesario es esto. Conocemos la verdad con claridad, suficiente pero no sabemos aplicarla. Se nos ha dicho que el amor y la fraternidad serán las principales reglas de nuestra conducta; pero considerad el actual estado del mundo y veréis en qué forma lo dirigen el amor y la fraternidad. El Señor Buddha dijo hace 2500 años: «Nunca el odio cesa por el odio; el odio cesa solamente por el amor»; y sabemos con cuanta vehemencia predicaba Cristo a sus discípulos que se amasen unos a otros, para que fueran uno con El, así como El era uno con el Padre. De esto resulta que no es que no conozcamos sino que no sabemos aplicar nuestro conocimiento.

Por ejemplo, todos sabemos que la cooperación debería substituir a la competencia y que todas las cosas podrían ser mejor de como son en la actualidad. Sabemos que el egoísmo, que de diferentes modos reina en el mundo, es completamente injusto; debemos ser capaces de substituirlo por el altruísmo, pero no sabemos cómo adaptar nuestras creencias a nuestra conducta de una manera práctica. Puede muy bien ocurrir que si un gran Maestro viniera a enseñarnos operase un radical cambio. El mundo tiene ahora prueba clara de que debe haber un mínimo de bienestar para cada ser humano, y que cualquier sistema social que deje de proporcionarlo resultará una civilización decadente. Nuestra actual civilización no atiende a esto. Así repetimos que no es que no sepamos, sino que no podemos armonizar nuestras creencias religiosas con nuestra conducta diaria. Si hubiera un Maestro

que al llegar nos enseñase lo que puede hacerse, tendríamos ventajosísima ocasión de inmenso mejoramiento.

Recordad que todas aquellas grandes religiones esperan la llegada de una Entidad. Si escucháis a los grandes teólogos induistas y a sus instructores os dirán que el kali yuga, «la edad lóbrega» es un período de transición. Esperan el Kalki Avatara, y cuando venga mejorará grandemente el mundo.

El budista os dirá que ha de llegar otro gran Maestro, cuya enseñanza (conforme el Señor Buddha dijo) excederá a la suya y será mejor aceptada que la de El lo fué anteriormente.

Hasta entre los mahometanos encontraréis la sincera creencia de que ha de venir el gran profeta Mahdi que renueve todas las cosas. Alguno de vosotros tal vez recuerde que hace veinte o treinta años surgió un vasto movimiento mahometano en Africa bajo un impostor que se llamaba el Mahdi. Tomó este título porque todo el mundo mahometano esperaba un gran Maestro y Guía; y así, el fanático del Africa Central, tomando este título, persuadió a muchos millares de mahometanos a que le siguieran. Tal impostor no era el gran Maestro esperado, pero el ser capaz en sus tiempos de tomar aquel título comprueba la indicada creencia.

Lo mismo ocurre en el zoroastrianismo, uno de cuyos más insignes Maestros ha de volver para reformar el mundo.

También en América del Sur, los indios rojos creen que Quetzalcatl, el gran Maestro blanco, llegará allí por mar.

Como ya he dicho, la cristiandad espera Su llegada. Soy bastante viejo para recordar que en la mitad del último siglo, hubo una gran expectación de la llegada del Cristo. Uno o dos oradores religiosos hablaron del asunto—un cierto Dr. Cumming y otros—y predicaban la inmediata llegada del Cristo. No tenían razón esperándole precisamente entonces, pero el anhelo con que la gente le escuchaba y el número de partidarios que reunieron a su alrededor indican cuan pronto el pueblo se asimiló la idea de que había de llegar un gran Ser. Aun hoy día los adventistas, y creo que también los irvingites, esperan la próxima llegada de Cristo. En todo el mundo hay una gran esperanza de que el gran Ser está cerca, y otras asociaciones, además de la Estrella de

Oriente, tratan de preparar el camino para la llegada del Señor a quien esperan en no lejana fecha.

Acaso digais que estas esperanzas nada prueban. Mas para el estudiante de buen criterio es muy significativo indicio. Hay grandes Seres que están mucho más adelantados en la evolución que la humanidad actual, y saben más que nosotros acerca de estas cosas y conocen bien cuándo estará cercana la venida del gran Ser. Sus formas de pensamiento se extienden por todo el mundo, y Su influencia es causa de la expectación tan ampliamente difundida. Los acontecimientos futuros proyectan indudablemente su sombra antes de ocurrir, por lo cual los que saben están ya pensando en ellos, y su pensamiento influye en *nuestras* mentes, aun cuando nada sepamos respecto a la existencia de aquellos Seres superiores que conmueven nuestras mentes.

¿Por qué esperamos precisamente ahora la llegada del Instructor? Una de las razones es aquella viva expectación ampliamente difundida. Otra razón es que cada nueva raza tiene siempre una nueva religión, y esta nueva raza está apareciendo ante nuestros ojos. Este asunto no es privativo de las creencias teosóficas sino que también lo consideran quienes estudian las señales de los tiempos, como los etnólogos y otros científicos. Por ejemplo, la Oficina Norteamericana de Etnología ha publicado varios informes respecto a la nueva raza de los Estados Unidos. Este gran país ha sido poblado por gentes que proceden, sin duda alguna, de antiguos países; pero nos dicen que los niños que ahora nacen difieren de las razas viejas en la forma y dimensiones del cráneo y en otros pormenores. Precisamente es lo que ocurre con la raza celta a que pertenecen los pueblos latinos: los franceses, italianos y españoles difieren de la raza anglo-sajona, y aquella nueva sub-raza se diferencia de las demás en igual proporción que estas otras entre sí. No os fijais en este asunto, porque dicha sub-raza está apareciendo entre vosotros, tanto en Australia como en los Estados Unidos. Podéis comprobar directamente que está apareciendo un nuevo tipo. Yo mismo me admiré mucho de ello cuando hace un año desembarqué en la parte septentrional de vuestro continente. Vi por la calle niños que no se parecían en nada a los niños ingleses ni a los franceses ni a los de cualquiera

otra raza por mí conocida, sino que denotaban muy claramente un nuevo y diferente tipo notoriamente vigoroso, de inteligencia penetrante y recia voluntad. Vuestro país es relativamente nuevo, como también lo son los Estados Unidos; y en estas nuevas regiones está apareciendo el nuevo tipo.

(Concluirá.)

Traducido de «The Herald of Star»—Marzo de 1916—por Angel Calvo Blasco.

NOTAS

Nos acaba de llegar la noticia de la inesperada desencarnación del aún joven hermano en ideales, D. Joaquín Gadea Mira, acaecida en Gijón el dia 18 de Abril último. Ha sido una desagradable sorpresa y una contrariedad, desde el limitado punto de vista humano, la desaparición del plano físico de tan excelente amigo, en momentos que mayor necesidad hay de obreros de la abnegación y actividad del excelente servidor de la Estrella.

Ingresado en la «Sociedad Teosófica» en 1907, fué estudioso y constante en el cumplimiento de sus deberes, y habiéndose fundado en 1912 la «Orden de la Estrella de Oriente» en España, fué distinguido por sus relevantes cualidades con el nombramiento de Secretario Organizador para Centro y Sur de nuestro país, cargo que ha sabido cumplir con un celo y actividad dignos de quien tenía por sobresalientes características la devoción, la constancia y la humildad.

Aunque su desaparición sea mayávica, y estemos convencidos de que en su nuevo estado seguirá laborando por el gran Instructor, no por ello dejaremos de sentir su pérdida, si bien nos servirá de aliento la consideración de que si la gran Ley lo ha dispuesto así, será para un bien mayor y que los lazos de afecto fraternal que nos unían, nos permitirán permanecer unidos en futuras actuaciones todavía de mayor importancia. Con esta hermosa esperanza y consuelo le enviamos al amigo nuestros mejores pensamientos saturados de amor fraternal.

También nos dicen de Santa Cruz de Tenerife que otro hermano en la S. T. y en la O. E. O., D. Sixto Fernández del Castillo, dejó su cuerpo físico el día diez de Febrero último. Nuestros lectores conocen el valor de un buen pensamiento. R. E. D. E. D. et L. P. L. E.

Se nos comunica que nuestro muy distinguido y apreciado hermano, D. José Xifré, se encuentra enfermo en París, hasta el punto de que no sabe si podrá realizar su proyectado viaje a España, donde se le espera con verdaderos deseos de estrechar su mano tras larga y obligada ausencia en el extranjero. Sentiríamos que no pudiera realizar el citado viaje, del que esperábamos algo bueno para el movimiento teosófico en España. Deseamos muy de veras que nuestro hermano se restablezca por completo para satisfacción de los muchos que le quieren y respetan.

En fecha 21 de Marzo se expidió carta constitutiva a la «Rama de Alicante», que bajo la presidencia de D. Ramón Oca funcionará con carácter oficial.

En la misma fecha fué también expedida carta constitutiva a la «Rama Zanoni» de Sevilla, que funciona hace ya meses bajo la activa presidencia de D. Manuel de Brionde.

Con estas dos Ramas son ya ocho las que oficialmente funcionan en España; y deseamos que su labor sea fecunda y mancomunada para que la influencia del espiritualismo moderno se deje sentir en este país tan necesitado de ello.

Publicaciones recibidas:

La Habana.—ALBA (Enero). **México.**—FLORES DE LOTO (Noviembre). **París.**—L'AFFRANCHI (Febrero). **Id.**—LE LOTUS BLEU (Enero). **Id.**—BOLETÍN DE LA ALIANZA FRANCESA (Noviembre). **Porto.** — A VERDADE (Febrero). **Roma.** — BOLLETTINO DELLA SOCITA ITALIANA Febrero). **Tarrasa.**— LUMEN (Febrero). **Valencia.** — LA LUZ DEL PORVENIR (Febrero).

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quirico 32. — Teléfono 520. — Sabadell.,